

# MITOLOGIA, ESPECULACION Y FOLKLORE EN LA CULTURA LUNAR

por el prof. CLIDE FISHER

Conservador Honorario del Planetario de Hayden

El hombre de la luna visitó una vez la tierra, si podemos darle fe a la poesía infantil:

*El hombre de la luna*

*Bajó demasiado pronto*

*Y el camino hacia Norwich preguntó...*

pero nadie nos dice si acaso llegó a tal ciudad.

Encontramos el mismo pensamiento en *La Tempestad* de Shakespeare, acto segundo, escena N° 2:

CALIBÁN: ¿No has caído tú del cielo?

ESTEBAN: De la luna, te lo aseguro: en un tiempo, fui yo el hombre de la luna.

CALIBÁN: En ella te vi y a ti yo adoro; mi señora a mí te mostró, y tu perro y tu rama.

Hay un mito escandinavo que se basa sobre las manchas ("mares") de la luna que tiene una interesante relación con una de nuestras muy conocidas baladas infantiles, y que relata Baring-Gould. Es así:

Mane (la luna) robó dos niños a sus padres y los llevó al cielo. Sus nombres eran Hjukí y Bill. Habían estado sacando agua de un manantial con un balde suspendido de una pértiga que llevaban en sus hombros. Esos niños, la pértiga y el balde fueron situados en el cielo, donde se les puede ver desde la tierra. Esto, se refiere sin duda alguna a las manchas (maria) de la luna, y así hasta en nuestros días los campesinos suecos explican esas manchas como la representación de un muchacho y una niña que llevan un balde de agua entre ellos. Lo cual recuerda de inmediato una de nuestras poesías infantiles:

*Jack y Jill subieron la colina*

*Para sacar un balde de agua;*

*Cayóse Jack y se rompió la coronilla*

*Y Jill rodó tras él.*

Esta estrofa que nos parece a primera vista tonta se deriva de ese mito lunar escandinavo. Tjukí, que se pronuncia Juki en escandinavo, se ha transformado en Jack y Bill, que, por causa de la eufonía y para dar un nombre femenino a uno de los niños, se ha convertido en Jill.

La caída de Jack y la subsiguiente caída de Jill, representan simplemente la desaparición de una de las manchas lunares (mare), una después de la otra como en el menguante de la luna. Hay probablemente un significado aún más profundo. "Tjukí" deriva del verbo *jakka*, que significa amontonar, juntar, aumentar; y "Bill" viene de *Bila* que significa rom-

per o disolver. Por eso, Tjukí y Bill significan el creciente y el menguante de la luna. El acarreo de agua está correlacionado con la antigua y extendida creencia de que las lluvias dependían de las fases o cambios de la luna.

El "hombre de la luna" ha sido conocido en muchos países y desde tiempos inmemoriales. Plutarco, el biógrafo e historiador griego, escribió todo un libro sobre la superficie de la luna. Con la invención del telescopio, se tornó evidente que el hombre de la luna y otras figuras imaginativas se debían a la disposición de los *maria*, que son oscuros, y de las montañas y otras regiones elevadas que son de colores más claros. Claro está que ese descubrimiento ha hecho poco para inhibir la imaginación de muchas personas. Los chinos reconocieron a un mono golpeando el arroz y en la India ven un conejo; hasta en la actualidad se pueden ver diferentes estampas de la luna basadas más o menos sobre los rasgos efectivos de su superficie.

Flammarion coleccionó y publicó dibujos de diferentes personas, en los que se incluyen la cara, el cangrejo, la muchacha leyendo, el burro, y la señora; y comparó esos divertidos dibujos con lo que realmente se puede ver en la superficie de la luna. Viene aquí el caso de referir nuevamente la primitiva creencia persa, relatada en un capítulo anterior, según la cual la luna tiene una superficie a modo de espejo que refleja nuestros propios océanos y continentes.

Entre muchas tribus de indios americanos las deidades principales han sido la luna y el sol, y esos pueblos primitivos tenían un mito imaginativo para explicar el origen de tales cuerpos celestes. Con arreglo a una de las explicaciones de cómo llegaron a ser el sol y la luna, el sol era el hermano y la luna la hermana de una familia que vivía en una cabaña en tiempos remotísimos. A menudo el hermano y la hermana se peleaban, y en una ocasión la hermana estaba tan rabiosa por el tratamiento que había recibido de su hermano que agarró un palo llameante del hogar y se precipitó a través de la salida de humo de la cabaña. El hermano empuñando una tea más grande aún, la persiguió gritándole que no podría escapársele. Y así continúan hasta nuestros días, la luna con una luz más débil moviéndose a través de los cielos e iluminándonos de noche y el sol con una tea más grande, que sigue persiguiéndola y nos da la luz del día. Ese mito estaba muy difundido y se encuentra entre las tribus indias que se extienden desde el Cabo Cod hasta Alaska, si bien varía en detalles entre las diversas tribus, como cabe esperar de gente primitiva que no tiene

literatura escrita; pero lo esencial no cambia. Entre los indios Pies Negros de las grandes llanuras del noroeste, el sol era la más sagrada y poderosa deidad y la luna su esposa. Vivían en una cabaña en el cielo.

Una parte de ese mito, que explica el origen del sol y de la luna, nos habla de cómo el sol y la luna se acercan uno al otro tanto que uno atrapa al otro, y hay un combate hostil que se convierte en eclipse.

Como cuenta Franz Boas, en la leyenda de los esquimales de la Bahía de Cumberland es el hermano el que persigue a la hermana, y esa es la forma usual, aun cuando en el distrito de Ungawa del territorio de la Bahía de Hudson, es la hermana quien, armada de una tea, persigue a su hermano, y las chispas esparcidas de su antorcha se convierten en estrellas. En los dos casos el eclipse tiene lugar cuando el sol y la luna se juntan.

Aparentemente relacionado con ese mito está uno que se ha encontrado entre los Arawaks de la Guayana, en la América del Sud, y según el cual, como relata Im Thurn, se cree que el eclipse es el resultado de un combate mano a mano entre el sol y la luna. ¿No podría ser esto una singular aproximación al verdadero significado de tal fenómeno? Probablemente sea una variante de esa leyenda la de otro grupo de Arawaks que explica el eclipse lunar como debido a la luna, que se quedó dormida en la ruta del sol siendo atrapada antes de poder salir del camino. Para advertir a la dormida luna del acercamiento del sol, esos indios hacen ruidos aterradores.

La creencia de la persecución de la luna por el sol no se ha limitado al Nuevo Mundo. William Tyler Olcott recuerda el siguiente mito sobre el eclipse, en su libro: *Ciencia solar de todas las épocas*:

“Los primitivos indígenas de la península Malaya... tomaban al sol y a la luna por mujeres y a las estrellas por hijos de la luna. Cuenta una leyenda que, en tiempos antiguos, el sol tenía tantos hijos como la luna y, temiendo que la humanidad no podría soportar tanto brillo y calor, el sol y la luna se pusieron de acuerdo para devorar a sus hijos.

“La luna simuló que comía los suyos pero, en verdad, los escondió; mas el sol mantuvo su palabra y acabó con todos sus hijos. Cuando acabó de devorarlos a todos, la luna sacó los suyos de sus escondites. Pero el sol los vió, se enojó mucho, y persiguió a la luna para matarla, y esa caza se convirtió en perpetua. Algunas veces el sol se acerca lo suficiente como para darle un mordisco y entonces los hombres dicen que hay un eclipse”.

Gracias a nuestros conocimientos astronómicos actuales, sabemos lo que son los eclipses. Sabemos por qué y cómo tienen lugar, y los podemos vaticinar con gran exactitud muchos años antes. Se envían expediciones a las partes más distantes de la tierra, con la certeza de que no solamente el eclipse tendrá lugar aquel día, sino también a la hora y dentro de una pequeña fracción de minuto del momento calculado, y de que tendrá lugar en el punto del cielo hacia el que ha sido encarado el telescopio. Aun así, el autor de

este libro debe confesar que no ha podido dejar de experimentar sorpresa y que jamás dejó de impresionarse con estos hechos cuando el fenómeno se produce.

Por otra parte para una mente inculta y primitiva, un eclipse es siempre un acontecimiento inesperado. El sol, fuente de su luz y calor, es, sin ninguna advertencia, atacado por un monstruo oscuro que gradualmente corre la órbita del día hasta que finalmente, en el caso del eclipse total, el gran adversario lo devora del todo y queda solamente la luz espectral, lo que hoy llamamos corona y prominencias. La alarma no es mucho menor cuando acontece el oscurecimiento similar de la luna. Naturalmente, la idea de monstruos devoradores en los eclipses está muy esparcida entre la gente primitiva de todo el orbe.

Algunos indios americanos que viven en la costa norte del Pacífico y que han dado a muchas de sus constelaciones nombres de seres del mar, como la ballena y diversos peces, consideran a ese monstruo como una especie de pez que se come al sol o a la luna, según el caso.

James Adair describe el comportamiento de los indios Cherokee durante un eclipse total de la luna que él observó mientras vivía con esa tribu hace más de doscientos años (1735). “Durante la continuidad del eclipse la conducta de ellos pareció muy sorprendente, sobre todo para alguien que no había visto antes nada parecido; corrían todos salvajemente en una y otra dirección, parecían locos, disparaban tiros, saltaban y gritaban, golpeaban las marmitas, hacían sonar las campanillas de los caballos y producían los ruidos más horribles que a un ser humano le es posible hacer. Ese era el efecto de su filosofía natural, y lo hacían para ayudar a la luna en sus sufrimientos. Y es opinión de algunos indios del este (este de la América del Norte) que los eclipses son producidos por algún gran monstruo, parecido a un torosapó, que de vez en cuando muerde los bordes del sol o de la luna, y que los destruiría si ellos no lo asustaran para que se marchase, y de tal manera se preservan a sí mismos y a su luz”.

Con arreglo a un mito de los indios Creek, es un gran perro el que se traga al sol y a la luna, por lo que esos indios tenían la costumbre de zurrar a sus perros durante un eclipse, en la creencia de que, pegando a sus “pequeños” perros, podrían inducir al “gran” perro a desistir de devorar el sol o la luna. Eso recuerda una costumbre similar de los antiguos Incas del Perú. El Dr. Wendell C. Bennett ha citado con respecto a ese tema un manuscrito inédito de Adolf F. Bandelier: “La bien conocida ceremonia de zurrar a los niños durante un eclipse aún tenía lugar en La Paz a comienzos del siglo pasado y parece ser que no solamente la practicaban los aborígenes sino también los mestizos. En 1901 murió una chola (mujer mestiza) a la edad de 106 años, y, justamente poco antes de su muerte, algunos de sus recuerdos fueron recogidos y publicados; naturalmente, eran confusos y fragmentarios, pero aún así merecen ser transcritos. Según el registro de la Iglesia, la fecha de su nacimiento fue el 27 de diciembre de 1794.

“Cuando tenía alrededor de cuatro años (dicen que era en el mes de enero) el día (el cielo) se oscureció de repente y el sol se perdió... Entonces, los habitantes de la ciudad de La Paz creyeron que había llegado el fin del mundo; el día del Juicio Final. Puede que tuviera yo ocho o diez años cuando también un día, hacia la hora en que se alza sobre el altar el Santo Sacramento, comenzó a hacerse cada vez más oscuro, y los pájaros a cantar como lo hacen antes de dormir. De pronto el sol desapareció, nadie comió (no hubo comida) y la consternación fue general. La gente corrió a las iglesias, tañían las campanas, algunos confesaron públicamente sus pecados, otros devolvieron la propiedad robada al verdadero dueño, se formaron procesiones en las calles, y todos rezaron pidiendo gracia y gritando fuertemente. Recuerdo que la gente mayor nos pegaba a nosotros los pequeñuelos para que nuestras lágrimas y gritos pudieran impedir que el sol se quemase y muriese. Naturalmente, hacia las dos de la tarde, la luz retornó. Con ella se restauró la tranquilidad y cesaron las zurras y los quejidos”.

También Garcilaso de la Vega, historiador incaico nativo, cita, hablando de un eclipse lunar: “Ordenaron a los niños, y aun a los más pequeñuelos, gritar fuertemente llamando a Mamá Quilla, que es la Madre Luna, rogándole que no se muriese para que no pereciera todo. Los hombres y las mujeres hicieron lo mismo y hubo una gritería tan grande y tanta confusión que todo lo que se diga será sin exageración”.

Entre los lapones existe tanto la adoración de la luna como la del sol, encontrándose pinturas de estas luminarias en sus tambores mágicos (*troll-trumman*). Se hacían sacrificios a ambos. Es fácil imaginar el porqué de los sacrificios al sol, cuyo calor y luz eran tan importantes para ellos, pero también se dirigían a la luna con adoración. La luna nueva de Navidad era conocida como “la luna santa” y se la veneraba con ceremonias especiales. Inmediatamente después de hacerse visible la luna nueva se observaba un silencio completo en la tienda de campaña de los lapones (*kata*). Se prohibía tejer a las mujeres, y a los hombres no se les permitía hacer ningún trabajo que produjera ruido. Como ofrecimiento a la luna, se ponía en el hueco del hogar de la tienda de campaña un anillo de cobre de manera que pudiese brillar a través de él en la tienda. Si, por cualquier razón, no se observaba esa vieja costumbre, se creía que la luna se enojaba y que debía aplacársela por medio de sacrificios.

En alguna parte de Laponia había la costumbre de sacrificar una cría de reno de medio año, cuyo cuero se colgaba en la tienda de campaña en honor de la luna. La práctica comenzaba de la siguiente manera: “Los lapones colgaban un anillo de cobre atado a una cadena del mismo metal sobre el techo de su tienda de campaña, ante la puerta, de manera que los rayos de la luna pudiesen caer sobre el anillo de cobre —en la creencia de que la luna podría ayudar a las hembras del reno a parir fácilmente, y protegerlas así contra cualquier mal durante el tiempo que están

con la cría. Los animales sacrificados a la luna no eran jamás de color negro ni machos”.

También en muchos pueblos ugro-fineses se daba la bienvenida a la luna. “Los mordvinos decían como los rusos: ‘Albricias, luna nueva, para mí salud y para ti una gran hogaza’”. Se invocaban asimismo los cuernos de plata o de oro de la diosa luna.

Según Agrícola, los finlandeses primitivos creían que en los eclipses los “animales” (*kapeel*) “se comían a la luna”, y los eclipses parciales de la luna se explicaban diciendo que Hahkoi “ennegrecía la luna en partes”. En la Finlandia del Norte “se denomina Rahkonen al hombre de la luna”.

En las Islas del Almirantazgo se dice que, cuando el mar se secó y apareció el hombre, los primeros dos seres, después de haber plantado árboles y creado plantas alimenticias, hicieron dos hongos, uno de los cuales arrojó el hombre al cielo, creando la luna, mientras que la mujer tiraba el otro a lo alto y formó el sol.

En la Guinea Británica del Sur, un día estaba un hombre cavando un gran hoyo cuando puso al descubierto la luna, que era un objeto pequeño y brillante. Después que la sacó, comenzó ella a crecer y, finalmente, escapándose de sus manos, subió a lo alto en el cielo. Si se hubiese dejado la luna en la tierra hasta que hubiera nacido en forma natural, habría dado una luz más brillante; pero, como se la sacó prematuramente, esparce sólo débiles rayos.

Selene, la diosa griega de la luna, corresponde a la latina luna. La dulzura de su luz aparecía ante los griegos, como ante nosotros, como muy femenina en comparación con la luz más viril del sol. La idea germánica de un sol femenino y una luna masculina es difícil de comprender; pero esa concepción no se limita solamente a los pueblos germánicos. Es sorprendente saber cuán diferente en tamaño aparece la luna a distintas personas. A menudo he preguntado a los alumnos de mis clases de astronomía y he recibido respuestas que la hacen variar del tamaño de una pelota de “baseball” a una rueda de carromato. ¡Pickering dice que algunas personas piensan que la luna no parece más grande que un dólar de plata! Tan diversas impresiones han de deberse a los objetos con que subconscientemente se la compara. Pickering afirma —y esto lo apoya mi propia experiencia— que la mayor parte de la gente piensa que la luna debe tener un pie de diámetro. De esto ha sacado el profesor Charles A. Young la conclusión de que, para la mayor parte de la gente, la distancia de la superficie del cielo alcanza aproximadamente a 110 pies.

Los artistas representan por lo general, a la luna demasiado grande en sus cuadros. El verdadero tamaño angular de la luna es de aproximadamente medio grado, pero, si se le diese ese tamaño en pintura, parecería demasiado pequeña. Eso se confirma en el Hayden u otros planetarios de proyección Zeiss, en los cuales se le da a la luna dos veces su verdadero ángulo de visión, y aun sigue siendo así para muchas personas demasiado pequeña. Como

observa Pickering, el tamaño angular de la luna es tan pequeño que siempre se podrá esconder detrás de un lápiz que se tenga a cierta distancia del ojo.

Algunas veces los artistas representan a la luna en escenas crepusculares con los cuernos del creciente apuntando hacia abajo en lugar de hacia arriba. Un poco de observación hubiese impedido esos errores, pues, como se sabe, los cuernos de la luna en el creciente siempre señalan en dirección contraria al sol.

Hasta las estampillas de correo tienen sus errores astronómicos. En una estampilla emitida en San Kitts-Nevis, en las Indias Occidentales, hay una estampa de Colón vislumbrando la tierra con un telescopio el día del descubrimiento en 1492, hecho que sucedió más de cien años antes de la invención del telescopio. Los países de latitudes sur han emitido unas treinta clases diferentes de estampillas con la famosa Cruz del Sur, y en algunas de ellas la cruz está invertida como en un espejo. Esto me recuerda un error similar que hay en el cielorraso de la Gran Estación Central de los Ferrocarriles de la ciudad de Nueva York, en donde se muestra al cielo invertido, como una proyección hecha en el espejo.

Ocasionalmente, los autores incurren en divertidos errores. Tenemos estas líneas en las "Rimas del antiguo marinero" (Parte III, "Al salir la luna") de Coleridge:

*Hasta que trepó encima de la barra oriental  
La cornuda luna, con una brillante estrella  
Dentro del extremo bajo.*

Para ver una estrella "dentro del extremo bajo" sería necesario penetrar con la vista a través del sólido y opaco cuerpo de la luna, lo cual es, naturalmente, imposible.

En la siguiente frase, comete Sigrud Undset un error astronómico similar, en Kristin Lavransdatter ("La corona de Novia", pág. 183): "al final de la calle, en el cielo azul verdoso, cabalga la hoz de la luna con una brillante estrella dentro de sus cuernos".

Desde tiempos remotos se ha creído que la luz de la luna ejerce influencia sobre los seres humanos. Creíase que producía locura el dormir a la luz de la luna, especialmente cuando ésta es llena —testigo de ello son las palabras lunático, lunado, "locura lunática". También se creía que la luna producía ceguera al brillar sobre los ojos de una persona dormida. Baste decir que los astrónomos no saben que haya fundamento real para tales creencias.

Otra creencia antigua, que aún persiste en algunas partes, es la de que el tiempo cambia con los cambios de la luna. Si nos ponemos a pensar en el asunto comprobamos que la luna varía todo el tiempo —que pasa por un infinito número de cambios o fases— y que es arbitrario el escoger sólo cuatro —principalmente, la luna nueva, el cuarto creciente, la luna llena y el cuarto menguante— por ser los mencionados en nuestros calendarios y almanaques. Sin embargo, esas frases seleccionadas arbitrariamente se producen alrededor de cada siete días y medio, es decir, que la luna cambia cada siete días y medio. De manera que cada cambio

de tiempo debe ocurrir dentro de los cuatro días del cambio de la luna y, por término medio, resultaría que la mitad de los cambios de tiempo tendrían lugar dentro de los dos días del cambio de la luna. Se persiste mucho en la idea de correlacionar la luna y el tiempo, y la gente que vigila esos cambios se presta a esperar más de cuatro días, si es necesario, hasta que el tiempo se acomode a la luna.

Hay un gran número de "viejos dichos" que atestiguan la tan extendida creencia de que la luna tiene algo que ver con el tiempo. Algunos de ellos son casi idénticos en varios idiomas. Claro está que casi todos son casi míticos. A continuación damos unos pocos:

*La luna pálida produce lluvia,  
La luna roja ventarrones produce,  
La luna blanca ni lluvia ni nieve produce  
Si con profundos sonrojos sus virginales mejillas enrojece,  
Los precavidos marineros los borrascosos vientos temen.*

ARTUS

*Si en sus mejillas véis rubores virginales,  
La rojiza luna anuncia que vientos correrán.*

VIRGILIO

*La luna, si roja su cara está,  
Es que del habla hablará.*

INDIOS ZUÑI

*La clara,  
Pronta helada.*

*Las noches de luna la helada más fuerte tienen.  
La helada que sobreviene en la oscuridad de la luna, mata los frutos, los pimpollos y la floración, pero no lo hará así la helada con luz de luna.*

*La luna en abril heladas trae.*

*En la luna vieja, una mañana nublada presagia una tarde hermosa.*

*Cuando la luna corre en lo alto, espera fresco o tiempo frío.*

*Cuando la luna corre baja, espera tiempo caluroso.*

*En verano, la luna nueva, muy lejos del norte, trae tiempo fresco; en el invierno frío.*

*Cuando los cuernos de la luna son agudos, indican tiempo seco.*

*Cuando la luna, al principio, su esparcido miedo anula,*

*Si con adormecidos cuernos sostiene el aire oscuro,*

*Marinos y cisnes copiosas lluvias vaticinan.*

VIRGILIO

*Cuando la luna es visible de día, los días son relativamente frescos.*

*Por eso la luna, señora de diluvios,*

*Pálida de enojo, todo el aire lava,*

*Que en reumáticos males, abunda...*

SHAKESPEARE

Si la luna un escudo de plata muestra,  
No tengas miedo de segar tu campo  
Mas, si toda aureolada se eleva,  
Pronto hollaremos suelo anegado.

En la época de la siembra, no se debe sembrar trigo cuando hay un halo alrededor de la luna.

INDIOS APACHES

Sembrar guisantes y porotos en el menguante de la luna,  
Quien los sembró más pronto, demasiado pronto los sembrará;  
Que ellos con el planeta puedan quedarse y crecer  
Y florezcan mostrando la más plena sapiencia.  
Ve a plantar los porotos cuando la luna brilla  
Y verás que así está bien.

Planta las papas cuando la luna está oscura,  
Y a tal conducta siempre te aten;  
Mas, si de tal regla sales,  
Verás que gran loco eres;  
Si siempre esta regla hasta el final siguieras  
Siempre con dinero para gastar te vieras.

En "Hudibras" dice Butler de un conjurado:  
Pero, con la luna más familiar estaba  
Que jamás lo fue pregonero de almanaque;  
Sus secretos tan claros comprendía,  
Que creían, algunos, que allí estado había;  
Sabía cuando estaba de mejor talante  
Para segar cereales y permitir la sangre;  
Cuándo para untar costras o pruritos;  
Y bajo que signo hacer la mejor sidra;  
Que, si el creciente disminuye o crece,  
Es mejor para sembrar ajos o sembrar guisantes;  
Quien primero encontró el hombre de la luna,  
Que desconocidos fue de los antiguos.

Tantos días como la luna tenga a la primera nieve, tantas nevadas habrá antes de la cosecha de las plantas.

Porque a un huracán le temo.  
"Anoche la luna tenía un anillo de oro,  
Y esta noche no vemos luna alguna".

LONGFELLOW

La luna en círculo indica tormenta, y el número de estrellas que hay en el círculo, el número de días antes de la tormenta.

Un halo sereno la faz de Cinthia circunda,  
Con simples, dobles o triples vueltas,  
Si aparece con un solo y roto anillo,  
¡Cuidaos, marinos!, el galopante temporal se acerca.  
Incólume, si a lo lejos se desvanece  
Serenos el aire y suave el mar tranquilo

El doble halo tiempo tormentoso trae,  
Y furiosas tempestades siguen al anillo triple.  
Estas señales que de la órbita variante de Cinthia surgen  
Al prudente advierten y al sabio conducen.

ARATUS

Y algún escéptico debe haber escrito lo siguiente:

La luna y el tiempo  
Pueden juntos variar;  
Mas, los cambios de la luna  
El tiempo no han de cambiar.  
Si no tuviésemos luna alguna,  
Cosa que extraña pareciera,  
Aún tendríamos el tiempo  
Que al cambio está sujeto.

La ocurrencia de las lunas "húmeda" y "seca", explicada en el capítulo III, es otra de las maneras en que se creía que la luna estaba en conexión con el tiempo. Cuando, después de la luna nueva, se veía que el delgado creciente, en el ocaso, se inclinaba hacia la perpendicular del horizonte, se creía que "no contendría agua" y auguraba un mes húmedo. Si el delgado creciente en el cielo del atardecer era casi horizontal, creíase que "contendría agua" y que indicaba un mes seco. Más adelante la creencia se explica de este modo: Primero, para invertir el orden, si el creciente contiene agua, el mes será seco; si no, será húmedo. Segundo: si el indio o el cazador primitivo podía colgar su cuerno con pólvora en el creciente, así lo hacía y se quedaba en casa, porque sabía que los bosques estarían demasiado secos para continuar la cacería. Si no podía colgar su cuerno con pólvora en el creciente, lo colgaba en su hombro y se iba a cazar, porque sabía que los bosques estarían mojados y que podría andar a hurtadillas sin hacer ruido.

Si se considera el hecho de que el tiempo es local y no igual en toda la tierra y que los cambios de la luna son universales, parece que debe abandonarse la creencia de que existe correlación entre la luna y el tiempo. Sin embargo, hay unos pocos casos en los que parece haber alguna correlación. Muchos campesinos creen que un anillo (un halo) alrededor de la luna pronostica tiempo tormentoso, y esa creencia ha sido justificada por la Oficina de Meteorología; pero debe recordarse que ese es un fenómeno terrestre y que no se le puede considerar como una verdadera correlación entre la luna y el tiempo.

Algunos estudiosos han descubierto también que hay más tronadas durante la primera mitad del mes lunar que durante la segunda. Y hay asimismo algunas evidencias de correlación entre las auroras y las tronadas, por cuanto, según Clayton, se observan más alboradas, durante la segunda parte del mes lunar que durante la primera —justamente a la inversa de lo que sucede con las tronadas. La significación de tales investigaciones no ha llegado a ser comprendida, a juicio del autor.

Clayton ha informado respecto a otra relación entre la aurora y la luna; a saber, que, cuando la luna está en su órbita lo más lejos al sur, hay un marcado aumento en las auroras nórdicas.

Toda vez que sabemos que las auroras polares guardan correlación con la actividad de las manchas solares, y que el tiempo parece estar también en conexión con la periodicidad de tales manchas —aun cuando el segundo problema no ha sido completamente resuelto—, puede haber alguna relación entre la luna y el tiempo. Con arreglo al estado presente de nuestros conocimientos, después de décadas de estudios e investigaciones, todo este asunto tiene únicamente un interés teórico. Si se exceptúa el caso de la frecuencia de las tronadas, que parece ser de escasa importancia para todos los propósitos prácticos, la luna no tiene influencia alguna sobre el tiempo.

Como indican los mitos antes citados, muchos labriegos creen que ciertas plantaciones deben hacerse a “la luz de la luna” y otras en “la oscuridad de la luna” —siendo la luz de la luna el período entre la luna nueva y la luna llena, y la oscuridad de la luna el período entre la luna llena y la luna nueva. Por ejemplo, así como los porotos deberían plantarse a la luz de la luna, las papas deberían plantarse a la oscuridad de la luna. Entre otras supersticiones con respecto a las cosechas, puede mencionarse que los pepinos, rábanos y nabos medran con la luna llena; que las cebollas crecen mejor después de haber pasado la luna llena; que las yerbas medicinales sembradas antes de la luna llena tienen mayor eficacia; y que la vid podada por la noche; cuando la luna está en el signo de Leo, el león, está a salvo de las ratas de campo y de otras pestes; también que los tejamaniles se rizarán si no se trenzan en el buen tiempo de la luna; que las estacas de las vallas se saldrán del suelo (debido a las heladas y al deshielo) si no se colocan en el buen momento de la luna; que la carne no se conservará bien si no se ha matado al animal en el buen momento de la luna, etc. Lo absurdo de tales creencias debería ser su cabal refutación.

Con respecto a la creencia que la luna llena despeja el cielo de nubes, parece ser imposible que la luna, que nos envia

tan escasa cantidad de calor (reflejado del sol), pueda tener algún efecto apreciable sobre las nubes. La probable explicación de tal creencia es la siguiente: La luz de la luna muestra la delgadez de las nubes y hace visibles las grietas que en ellas existen; y segundo, es hasta cierto que, por lo general, hay más nubes, por otras razones, a la hora de la puesta del sol, que es cuando sale la luna llena, que más tarde, en la noche.

Relacionada con las creencias supersticiosas sobre nuestro satélite está la famosa flifa de la luna, intrincada narración de grandes descubrimientos que dicen hizo Sir John Herschel en el Cabo de Buena Esperanza, “por medio de un inmenso telescopio de un principio completamente nuevo”. El relato fue escrito por Richard Adams Locke, repórter de periódico, y la primera entrega se publicó en el *New York Sun*, el 25 de agosto de 1835. El primer artículo de la serie ocupó tres o cuatro columnas de la primera página de tal diario metropolitano, y fue complementado por un editorial del mismo tono. La plausible historia contaba con grandes detalles cómo Sir John había fabricado su gran telescopio de 24 pies de diámetro, justamente seis veces el tamaño del gran telescopio de su padre, en Slough. Conviene saber que el telescopio de 200 pulgadas instalado en el Monte Palomar, es más de siete pies menor de diámetro que el imaginario telescopio del cuento de Sir John. Describiase la topografía de la luna hasta llegar a la identificación de diversas rocas y minerales; describiase plantas y animales de muchas especies, además de lunarios con alas, como murciélagos. Este habitante fue designado “homo-Vespertilio” u hombre murciélago.

El relato tenía toda la apariencia de la autenticidad científica, porque el autor era un buen selenógrafo con una imaginación brillante. Desde la invasión de los marcianos hecho por Orson Welles en 1938, es más fácil creer que ese fabuloso y fantástico cuento fue leído hace cien años por cuantos podían procurarse un ejemplar del “Sol”, relación acerca de la luna y de sus habitantes, “descubrimientos recientemente hechos por Sir John Herschel”, asombrosas revelaciones de las que él, que se hallaba en aquella época en la lejana Africa del Sur, no sabía absolutamente nada.